



# SU MEJOR ÉPOCA: LA VIOLENCIA

EN el año 52 Laureano Gómez, presidente conservador, propone hacerle una reforma a la Constitución, y todo aquél que no la acate será considerado “traidor a la patria”. (Son delitos de traición a la patria: “el menosca- bo de la integridad nacional, hostilidad militar, traición diplomática, insti- gación a la guerra, atentados contra hitos fronterizos, actos contrarios a la defensa de la Nación, entre otros”. El Tiempo, jueves 22 de mayo de 2003).

Papá escribió la siguiente nota para el periódico en 1953 cuando Laureano Gómez pretendió hacer una reforma de la Constitución y llamó traidores a la patria a aquellos colombianos que escribieran contra el gobierno desde el exterior como fue el caso suyo.

## TRAIDOR A LA PATRIA

*De antemano me declaro traidor a la patria, a una patria a la cual ya traicionó mi padre, cuando se levantó en armas contra el decadente gobierno de la Regeneración en 1899. Soy traidor a una patria a la cual ya habían traicionado mis tíos y abuelos en la segunda mitad del siglo pasado, cuando armaron guerrillas contra los gobiernos despóticos que por entonces la devastaban, aunque cuando todavía no osaran confundirse con ella. Soy traidor a una patria contra la cual levantó el puñal un pariente mío en la nefanda noche de septiembre, porque se resistió a aceptar que aún el propio Libertador fuera la patria. Soy traidor a la patria desde el día en que Ignacio Sanz de Tejada luchaba en Roma, como primer enviado de Bolívar, para convencer al Santo Padre de que la patria no era Fernando VII. Soy traidor a la patria desde mucho antes, cuando por libertarla de un gobierno despótico y extraño, Mariño y Soler entregó en Boyacá sus hombres y su hacienda al ejército que venía de los Llanos para luchar en el Pantano de Vargas. Y cuando murió de un lanzazo en San Mateo José Miguel Calderón, otro traidor entre tantos otros de quienes por fortuna desciendo.*

*Pertenezco a una familia de delincuentes y traidores, cuya voz se dejó oír por primera vez en la Plaza Mayor de Santa Fe de Bogotá, cuando Acevedo y Gómez, de mi misma sangre traidora, invitó al pueblo de la Nueva Granada a que se levantara contra los gobiernos de España. Detrás de mí y en torno mío, en mi desgraciada familia, no veo sino traidores. Soy traidor por la cabeza de mi padre y por el corazón de mi madre; un traidor por los cuatro costados, por las cuatro ramas de mis abuelos, y es tal mi obcecación que todavía no soy capaz de renegar de Acevedo y Gómez, de José Miguel Calderón, de Mariño y Soler, de Ignacio Sanz de Tejada, de Vargas Tejada y de Lucas Caballero. A sus traiciones las llamaron patriotismo en 1810, heroísmo en 1821, insensatez en 1830, radicalismo en 1850, liberalismo en 1899. Y va tan adelante y tan lejos este espíritu traidor que me hierve en la sangre, que mi único deseo es que mis hijos sean traidores como ya lo es y se declara*

Página anterior:

“Siervo existió. Soñaba con tener tierra... Y murió sin tierra”. (Vi- deo “El escritor y su paisaje”).



Con Gonzalo Vargas Rubiano.



ECC con Ernesto Merizalde ("Merulas", "Merulí") de la editorial Kelly, en la cra. 7.<sup>a</sup>, con el Hotel Granada al fondo.

*de antemano su padre, y como lo fueron sus abuelos y esa taifa de traidores que entregaron su inteligencia, su corazón, su fortuna y su sangre a esa traición imperdonable que es el amor a la libertad, al cual se ha entregado mi familia.*

*Y que esta declaración sirva de cabeza de proceso algún día, para enjuiciar a este escritor que no está dispuesto, ni en Colombia ni fuera de ella, a quebrar su pluma para complacer a quienes abusivamente quieren identificarse con la patria.*

## **SU GENERACIÓN**

Se llamaron "los nuevos", "los leopardos", "piedracielistas", "modernistas". Los intelectuales de su época saltaron de la política a las letras y de las letras a la política como anfibios, mientras el país sufría las consecuencias. Pero, ¿cuál época? Cuál es la época de Caballero Calderón: ¿la de la matanza de las bananeras cuando tenía 18 años?, ¿la de la violencia que lo agarró a los 36?, ¿la de la dictadura de Rojas Pinilla a los 45? Tal vez es más fácil definir cuál es su mejor época: los cincuentas, la época de la Violencia. Este es el tiempo en que indudablemente papá estaba en su plenitud intelectual; su ser político en su punto más alto de compromiso; su posición ante la vida, definida. Es su tiempo, como hombre y como escritor.

## **TIPACOQUE Y LA VIOLENCIA**

Papá sufre la violencia en carne propia. Estábamos mal de plata como decían, y nos fuimos a vivir a Tipacoque. Le dijo a mamá: "Allá nos dan de comer", y alquilaron la casa. Yo no tenía sino unos tres años y no me acuerdo sino de las coronitas



¿Yo con un perrito?



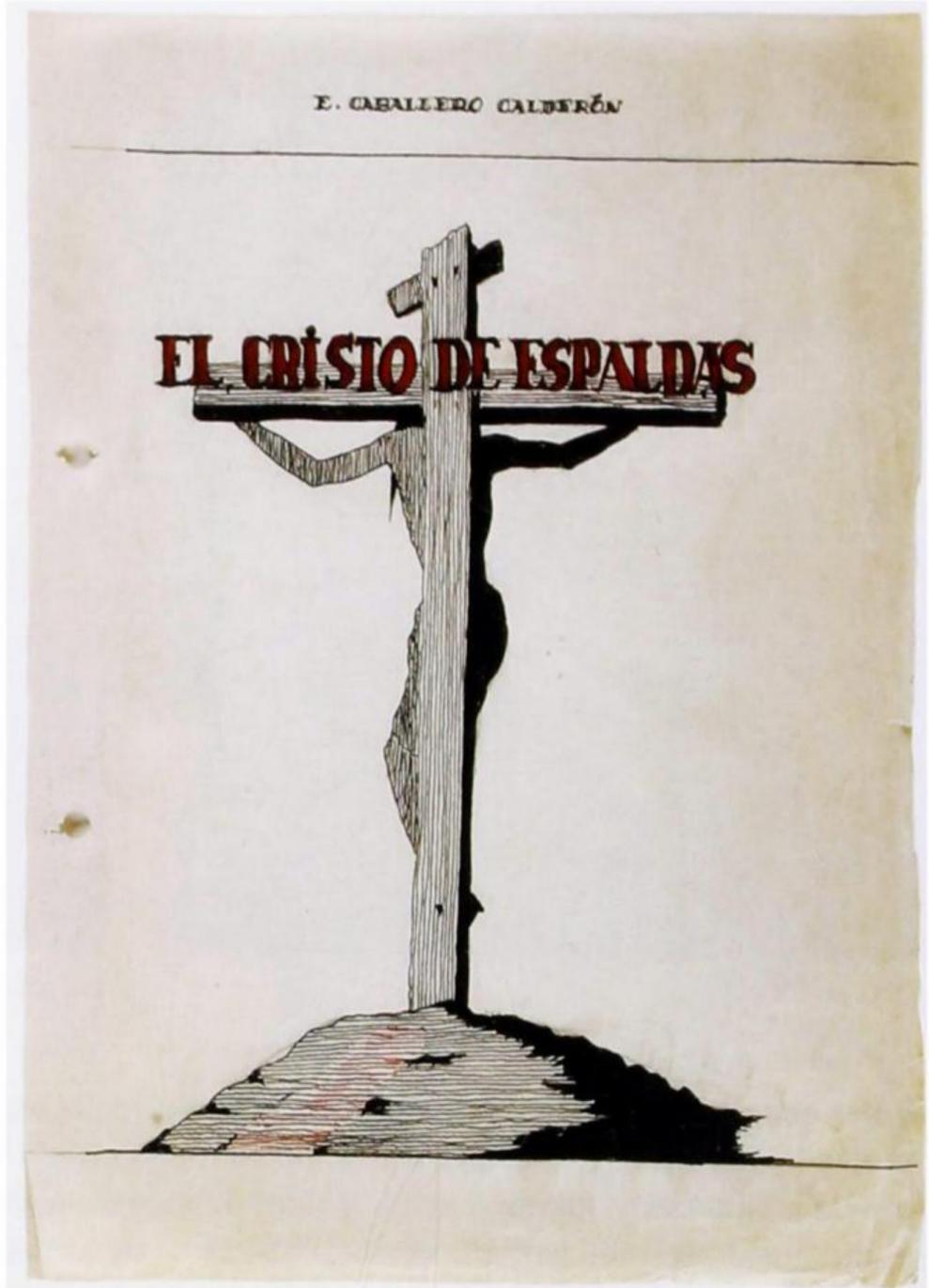
La comadre Santos, papá y yo. Tipacoque, 1952.

azules que hacía mamá con el humo del cigarrillo en el corredor largo, negro, oscuro. Era lo único que se veía porque no había luz eléctrica. Y por más que miro una foto en la que estoy con un perrito alzado, no me reconozco ¿Yo con un perro? A mí me gustan son los gatos, como a papá. Pero tiene que ser cierto porque está mamá Bi cosiendo y papá echado en la hamaca.

Tampoco me acuerdo de cuando nos echaron. Eso no está en ningún libro; en las visitas papá a veces lo contaba, y en el documental “El escritor y su paisaje”. La situación política estaba muy “fea”, decían. Y que una noche estaban en la sala, papá echado en su hamaca, cuando llegó Camilo Villarreal, un amigo, jefe político conservador de Soatá, armado. Le dijo que tenía que irse inmediatamente porque los chulavitas iban a incendiar a Tipacoque, la casa y el pueblo, y le ofreció unos hombres para que lo escoltaran. Salimos a la medianoche con Nácar manejando, pues por una vez mamá debió ponerse nerviosa; la carretera era destapada y el viaje duraba como catorce horas. Llegaron derecho a Palacio y salió Urdaneta, tío político de mamá, que estaba de designado de Laureano, en bata. Papá le expuso la situación. Urdaneta le dijo a mamá:

—Mija, quién te manda casarte con un liberal... Pero ordenó suspender la quemanza de Tipacoque.

Nos tuvimos que ir a vivir al Juncal, una hacienda en la Sabana, por los lados de Funza, que le prestó a papá su tío Manuel Antonio Cuellar —el médico que operaba en la mesa de la plancha en la casa de su abuela—, porque la nuestra estaba arrendada. Durante la semana mis hermanos iban al colegio y se quedaban a dormir donde Mama Bi, mi abuela. Yo me quedaba sola con papá y mamá. Papá me llevaba a coger moras al bosque. Ellos se echaban a hacer la siesta al sol en un potrero y elevaban un avioncito metálico, del que todavía me parece oír el sonido que hacían las alas cuando vibraban al viento. Papá nos hizo una balsa que echaban mis hermanos a la laguna llena de juncos y ranas, y por la noche nos leía la *Kontiki*. A ninguno se nos olvida que una vez nos dejó en el punto en que uno de los náufragos “estaba



Proyecto de cubierta.  
Dibujo de ECC.

afilando su estaca...” porque se aburríó y nunca terminó de leérnoslo. Estuvo acostado muchos días porque le dolía la pierna; entonces me enseñó a jugar tute para que lo acompañara. Yo tenía cuatro años. Allá escribió *El Cristo de espaldas*.

### ***EL CRISTO DE ESPALDAS***

El incendio de Tipacoque lo armó *El Cristo de espaldas*. Era la primera vez que, en forma de novela, un escritor narraba al mismo tiempo en que sucedía, el horror de la violencia política que estaba llevando a un pueblo entero, a una nación, a matarse entre sí. “Se terminó de imprimir el día 6 de febrero de 1952”, dice la primera edición de Losada. Y en la contracarátula de una edición posterior dice: “Esta novela, publicada en 1953 [sic] por la Editorial Losada de Buenos Aires, agotó una primera edición en el término de un mes, y posteriormente por la misma Editorial se hizo una segunda edición. Publicada una tercera edición por la Editorial Festival del Libro Americano, los 10.000 ejemplares de ella fueron absorbidos por el público en el término de una semana”.

*Abriéndose camino a codazos, penetró al zaguán de la alcaldía. Cuando salió al corredor interior, vio que en una esquina del patio, rodeados de los guardias, el alcalde, el secretario, el Anacarsis y unos cuantos curiosos, se encontraban los tres sobrevivientes liberales de Agua Bonita, amarrados con un rejo codo con codo. Vio también en el centro del patio al Anacleto, amarrado al botalón: amarillo y envejecido a la luz de la*

*madrugada. En el corredor, acurrucadas en el suelo, cubiertas con el jipa blanco de los días de fiesta y vestidas con las enaguas negras de randas de terciopelo, sollozaban unas pobres mujeres. Una de ellas amamantaba a una criatura. Cuando lo vieron, todas se arrodillaron besándole las manos y la sotana.*

*—Padrecito, ¡padrecito! —exclamaron entre lágrimas, sonándose a veces con el revuelo de las enaguas blancas... —¡Nos los van a matar, padrecito! ¡Los pobres no se han metido en nada, no han hecho nada, padrecito, no saben nada!*

*[...]*

*—¿Y de qué los acusan?*

*—¡Son rojos!*

*Le asaltaba el temor de que aquella muchedumbre ciega y sorda pudiera invadir el patio de la alcaldía y se abalanzara como un ponzoñoso ciempiés sobre esos pobres diablos indefensos...*

[De *El Cristo de espaldas*]

Antonio Curcio Altamar, en su libro *Evolución de la novela en Colombia*, enmarca al *Cristo* dentro de “la asidua preocupación de la novela contemporánea por ahondar la vida y los problemas del sacerdote católico” proveniente del *San Manuel Bueno* de Unamuno y más cerca de *El padre Casafús* de Carrasquilla, agregando, “sino que Caballero Calderón recargó los colores e hizo a su santo-humano más santo y más humano, y a sus malos más tremebundos y caricaturescos [...] Insistióse, al aparecer el libro, en el apasionamiento banderizo del autor. De hecho tal pasión es sólo exterior, y con justicia apenas podría hablarse de un determinado criterio. Tan macabros salen todos estos personajes, conservadores y liberales, de las manos del narrador, que él mismo los odia inmisericordemente y por igual con toda la fuerza de su fantasía novelesca...”. Y como al crítico le parece que esta “imagería expresiva” desmejora la prosa de ECC, acota: “Valga decir que es sin duda Caballero Calderón el novelista vivo de Colombia mejor conocedor de su lengua, de la cual dispone en forma tan directa, denodada y garbosa, y en tan justo encuadre con su intención de afectividad y pensamiento, que su lectura soporta el estudio atento y brinda parejamente provecho y recreo”.

## **SIERVO SIN TIERRA**

—Al pobre Siervo Joya tú le achacaste no sólo sus desgracias sino las de todos los tipacoques —le argumentaba mamá.

—Lo que pasa es que tu mamá no tiene imaginación sino sentido común —se defendía él.

Pero... ¿a quién podía creerle yo? ¿A papá, que era fabulador por naturaleza? ¿A mamá, que era profundamente recta y veraz pero —según papá— por falta de imaginación ella no decía mentiras? ¿A papá, que era infantil, pero al mismo tiempo me inspiraba algo parecido al “temor de Dios”? ¿Le podía creer a mamá, que nunca lo desautorizaba, porque sabía que todas sus historias tenían un fondo de verdad?...

*Siervo sin tierra* ha sido el libro de papá más editado, más pirateado, más traducido, más analizado por los estudiosos de literatura hispanoamericana, más leído por obligación en los colegios, convertido en clásico de la literatura colombiana, catalogado como obra costumbrista, confundido con Carrasquilla. A papá lo han



Caricatura de Merino en El Tiempo.

reducido a *Siervo*, a tal punto que sus otros treinta libros se han ido relegando al olvido. Por eso es que yo le cargo bronca a *Siervo*: “¡Pues ni se sueñe que me voy a leer su jartera de libro!...”, también pensaba yo, hasta que lo leí y me gustó.

“En su tiempo —dice Fernando Garavito en su libro *País que duele*— se planteó un dilema en la literatura: pasar del campo a la ciudad, de lo agrario a lo urbano [...] hace veinte años se entendió como una disyuntiva. En su obra, él dio ese paso, con decoro y con dificultades”.

*Un día corrió la voz entre los presos de que en la capital de la república habían asesinado a un caudillo muy popular, por lo cual estalló un motín que unos llamaban revolución liberal y otros asonada comunista. Muchos de los guardianes, que eran liberales, regaron el cuento entre los presos, y éstos se amotinaron en el patio de la cárcel. Ahora sí, dijo alguno, el mundo va a cambiar de dueño...*

*—El jefe Gaitán, ¡alma bendita! Decía que así manden los unos como los otros, los godos o los liberales, para los pobres todo es lo mismo. Y nosotros qué somos, mano Siervo, sino pobres.*

*—Yo soy liberal porque así me criaron, y esa es la verdad; y como que me llamo Siervo que moriré en mi ley.*

*—Pues yo siempre he sido godo y de los buenos, de los chulavitas que no nos paramos en tonterías, como mano Siervo lo sabe. Pero estoy harto de política...*

[De *Siervo sin tierra*]

“*Siervo sin tierra* es una novela social porque retrata la situación del campesino y sus relaciones con la sociedad colombiana, provocando en el lector consciente un

tácito anhelo de desatar el trágico nudo que aprieta la garganta y el porvenir de millones de compatriotas. Pero a la inversa de los autores consagrados al imperio de las tesis sociológicas, Caballero Calderón se abstiene de señalar las hipotéticas doctrinas salvadoras. La salvación de los siervos corre por cuenta de cada lector, si toma nota de cuanto Siervo Joya no acierta a explicar con palabras distintas a las de su vocabulario rústico. No se crea que la novela del escritor colombiano sigue las pautas del alegato social características, por ejemplo, de *El mundo es ancho y ajeno* [...] Mientras Ciro Alegría presenta una novela social en función política, Caballero Calderón, valga la redundancia, ofrece una novela social en función social...” (De Próspero Morales Pradilla, “Siervo sin tierra, una novela trascendental”, en *El Tiempo*, domingo, 18 de julio de 1954).

Esta anécdota no puedo dejarla por fuera: Una noche papá cogió un taxi en el centro para volver a la casa. Iba otro hombre adelante, y a la altura del parque Nacional, el taxi desvió por una carretera oscura. Él trató de advertirles que el camino no era por ahí, pero no le hicieron caso. Bien arriba, el hombre de adelante se volteó apuntándole con un revólver y le pidió la billetera. Él, aterrado, se la entregó... Enciende la lucecita del techo y descubre la cédula de papá aterrado.

—¡Ay, perdón! ¿Usted es don Eduardo Caballero Calderón?

Lo llevaron a la casa y papá hizo levantar a mamá para tomarse un *whisky* con sus atracadores.

## MANUEL PACHO

*Manuel Pacho* es del año 62. La tragedia de la violencia es la misma pero ECC cambia de geografía y se va para el llano, donde se fascinó con el paisaje, con la música, con todo. Su reencuentro con Manuel Pacho lo perturbó. Le escribe en una carta a Rosario Patiño, nieta de Agustín Nieto Caballero, autora de “Carácter y función novelística de Manuel Pacho y Caín en ECC”, su tesis en el Departamento de Lenguas Romances, en Chapel Hill, 1974: “Te advierto que yo tengo una gran simpatía por ese personaje, que en realidad existe y por más señas fue condiscípulo mío en el Gimnasio Moderno y vivió un tiempo en Villa Adelaida, donde lo tenía acogido Agustín, pues se trataba de un tipo extraño, como el que pinto en mi novela...”.

*Cesaron los disparos, y los chillidos de las niñas cuando los bandidos las estaban violando, o estrangulando, en la casa de los mayordomos. Esta le vuelve la espalda de adobes sin revocar a la corraleja del ganado.*

*Manuel Pacho solía espiar a las niñas cuando con las claras salían a bañarse al río. Se agazapaba detrás de los juncas de la orilla. Iban las tres desnudas, con un trapo rojo amarrado a la cabeza para protegerse las trenzas. La mayor, Ana Tulia, tenía un triángulo negro y crespo en la juntura de las piernas, estiradas como patas de garza. El triángulo isósceles le recordaba a la Ana Tulia cuando estudiaba, o se decía que estudiaba, en un colegio en Tunja.*

*—Es un garcilopo, un carraco, decía el viejo que la hacía parar en una sola pata para divertirse y ponerla colorada.*

[De Manuel Pacho]

Manuel Pacho le inspiró una historia tal que al terminar su novela escribió este epílogo: “He llegado a pensar que cualquier hombre, por humilde e insignificante





(Luis y Antonio). "El mundo está lleno de Caínes y Abeles". (Video "El escritor y su paisaje").

pues me ponían de juez en sus peleas, que eran de palabra; nunca se pegaron. Ni se tocaron. Y me ganaba la indiferencia, o el desprecio, de aquél a quien no le daba la razón, hasta la siguiente pelea, en que yo, desolada por su abandono, le daba la razón a él. Entonces me ganaba el rechazo del otro. Luis dice en su libro *Me tocó ser así*: "Entre nosotros había una relación de fuerza hecha de celos, envidia y poder".

## **SUS PERSONAJES Y SUS TEMAS**

A medida que ECC va dejando atrás ese paisaje de sus primeros relatos y ensayos que vibra y tiembla de belleza, en donde él ve el futuro de Latinoamérica; y lo desbroza en sus novelas para contar a los hombres que lo habitan, lo sobrecoge el desencanto. Para ECC los colombianos son mentirosos, simuladores, ladinos, de mala índole. No merecen ese paisaje.

"Eduardo Caballero Calderón presenta dos etapas en la vida del campesino: la vida armónica, de paz interior y autenticidad, la cual está representada en *Tipacoque*, el *Diario* y *Los campesinos*; y la vida fragmentada y desorientada del campesino ya caído en desgracia, en *Siervo*, *El Cristo*, *Manuel Pacho*, *Caín* y *El buen salvaje* [...] vida que presenta una dualidad que va del equilibrio y armonía del campesino con su tierra a una situación de desesperanza" (Stella Vidal, en su tesis de grado *El hombre y la literatura en la obra de Eduardo Caballero Calderón*, Popayán, 1975).

Todos los personajes de Caballero Calderón tienen un objetivo claro en la vida: matar a su hermano para recuperar a la mujer amada; salvar a un inocente y restablecer la justicia en un pueblo; vengar la muerte del padre y heredarlo o enterrarlo; escribir una novela. Lo escueto de su intención los hace esquemáticos para sus críticos y los convierte en arquetipos, prototipos, estereotipos, hombres-tipo, caricaturescos o ejemplares. "Mis personajes se desgajan de mí y adquieren vida y

voluntad propias...” (De “Reflexiones y prospectos sobre la novela”, conferencia dictada en París en abril de 1963).

Esos hombres primarios y en apariencia simples, esos asesinos llenos de ternura, bajo sus pelos hirsutos, sus pieles cuarteadas, sus olores agrios, sus manazas ásperas, “unos hombres buenos, transparentes y silenciosos como el agua”, como sus tipacoques, son en el fondo un nudo de dudas y preguntas. Todopoderoso, ECC esculca en el pensamiento de ellos, en el suyo propio, y discurre, asocia, recuerda, inventa, sueña. Y, arbitrario como todo creador, los abandona a la muerte, al destierro o al olvido.

La tragedia del campesino, la destrucción de la naturaleza, el horror por la ciudad, la corrupción de lo político, el odio entre hermanos, la pérdida de la espiritualidad, son los temas que Caballero Calderón trata a lo largo de sus libros, en los relatos, en los ensayos, en las novelas y en los periódicos una y otra vez, obstinadamente, obsesivamente, que en el fondo no es sino un solo tema: su tierra. “Para el escritor no existe sino un solo tema, que es su tierra; una obligación, que es protegerla y exaltarla; y un placer, que es regodearse en su lengua”.

*No obstante este escritor, con duende, para analizar a sus gentes o los problemas de sus gentes, o la vida de sus gentes —hay que decir que en estas “gentes” se entiende a colombianos, a hispanoamericanos y a españoles— disminuye velocidad y se deja dominar por los calambres cuando se enfrenta en competencia a ese monstruo de mil cabezas que es la novela. Sin perder ninguna de sus cualidades de estilo, Caballero Calderón se desanima en el duelo con sus personajes, en la creación de situaciones, en el manejo del diálogo [...] Ocurre que si se raspa un poco en la superficie de estos libros se observa que su consistencia no es la misma de sus ensayos, aunque tengan la misma unidad de presentación en lo que a estilo se refiere. Caballero Calderón no alcanza a llegar al fondo de los problemas que como ensayista expone.*

[De Uriel Ospina, *Sesenta minutos de novela en Colombia*]

Y para rematar, creo yo, si ya estamos hablando de temas y personajes, sus héroes serían Bolívar, Cristo, Santa Teresa y Proust.

## **ECC Y BOYACÁ**

El tío Enrique Caballero decía: “Yo no me explico por qué Eduardo, que tuvo la precaución de nacer en el barrio de La Candelaria, se las da de boyacense”. Es cierto que los Calderones venían de Boyacá, y que estuvo en la Asamblea de Boyacá, fue representante a la Cámara por Boyacá, Tipacoque queda en Boyacá, la casa que compró en los sesentas, Santillana, está en Tibasosa, más exactamente en Boyacá, fue miembro del concejo y alcalde de Tipacoque, el último pueblo de Boyacá. Pero no es sólo por eso que los boyacenses se apropian de papá.

*Las obras completas de Eduardo Caballero Calderón, entre novelas, ensayos, recopilaciones de artículos literarios, suman no menos de treinta títulos. Y de ellos más de un tercio está consagrado a Boyacá o inspirado por ella. Caballero Calderón es un escritor universal de la lengua castellana, leído desde España hasta la Patagonia, y traducido a doce idiomas: pero inseparable de la tierra boyacense, donde están no sólo las raíces de su familia sino también las de su obra. Libros como Tipacoque, Diario de*



“Tierra bonita, plana, floja, limpiecita, mera pulpa... caben unas quinientas matas de tabaco, una docena de sartas, media caja...” (*Siervo sin tierra*).

Tipacoque o Yo, el alcalde, son tan consustanciales con Boyacá y tan necesarios a su geografía espiritual como esas montañas del Chicamocha que describe son necesarias a su geografía física. Es tan difícil imaginar a Boyacá sin una novela como *Siervo sin tierra* como pensar en una Boyacá sin campesinos; y tan fuera de lugar imaginar El Cristo de espaldas sin su trasfondo boyacense como entender la violencia oscura de Boyacá sin El Cristo de espaldas. O recorrer esa arteria boyacense que es la carretera central del norte sin evocar los millares de artículos que Caballero Calderón ha dedicado en medio siglo a protestar contra el abandono en que la tienen los gobiernos, hasta el punto de que es posible considerar la carretera como un simple pretexto para que esos artículos fueran escritos. Así, Eduardo Caballero Calderón ha llegado a convertirse en una especie de sinónimo de la tierra sobre la cual escribe, al tiempo que para millares de lectores que no sabrían encontrar a Colombia en un mapamundi Boyacá no es otra cosa que una invención de Caballero Calderón.

[De Antonio Caballero]

Pero Tipacoque no lo es: ya lo dije al principio.